

EXPRESO español

D 5782 E

REVISTA MENSUAL
DE INFORMACION
FRANCFORT / MENO

PRECIO:
2 DM
35 FB
40 Pts.
3,50 FF
2 F
0,30 £
2,25 FS

Nr. 71
Agosto 1976



Leonard Woodcock

**Entrevista con Leonard Woodcock, Presidente del
Sindicato de Trabajadores Unidos del Automóvil
Las condiciones de trabajo en la Chrysler Ibérica
CHILE: Siegue el terror**

tunista demasiado soberbio y autoritario. Como jefe de gobierno hubiese metido en un puño al joven e inseguro Juan Carlos, que ya tiene bastante con ser el rey por la gracia de Franco y todo lo que ello significa para su corona. Fraga tendrá ahora serios problemas para explicar a sus nuevos compañeros en la „oposición“, sus antiguos „cautivos“, como García Trevijano, que todo aquello de meterlos en la cárcel era de mentirijillas, para disimular. Fraga, se supone, es „demócrata de toda la vida“. Y en la oportunoocracia española, habrá alguna oposición que le hará un hueco. Al final al Movimiento habrá que llamarle el Corrimiento Nacional.

Más lástima da el ex ministro de Asuntos Exteriores, José María de Areilza, conde de Motrico, tal vez, junto con Garrigues y Martín Gamero, el más honesto de los ministros reformistas del primer gobierno sin Franco, a no ser que resultase el más taimado oportunista. A Areilza le había correspondido la ingrata tarea de anunciar por esos mundos de Dios, y en varias lenguas, que el „lobo azul“ ya estaba muerto y que ya podrían volver los pastores. Sólo la supuesta buena fe del conde de Motrico le ha salvado de ser apedreado cuando hablaba de democracia en Europa, al tiempo que llegaban a la misma Europa las noticias de una represión en España tan fuerte como en los peores tiempos de la dictadura de Franco, con informes detallados de las más repugnantes torturas. ¿Qué culpa tenía Areilza de la „dinámica política liberalizadora“ de su colérico colega Fraga Iribarne? Será Fraga y no Areilza, quien algún día tendrá que responder por los sangrientos incidentes de Vitoria y por los asesinatos de Montejurra. El nuevo gobierno del monarca de la Zarzuela reúne las condiciones ideales para liquidar definitivamente al régimen de Franco o para continuarlo, según las ventoleras nacionales e internacionales. La única característica definida del gabinete de Adolfo Suárez es representar los intereses de los bancos y de la industria española. Y todo sabemos que los intereses de los mercaderes se adaptan a la ideología reinante. Si los mercaderes olfatean que la democracia es irremediable en España, el „Secretario“ Suárez se apresurará a montar la democracia. Si la constelación internacional adopta un giro desfavorable a liberalismos democráticos, ahí está el eficiente „Secretario“ para preparar el camino a hombres más consistentes en la autocracia. Como se trata de un gobierno gelatinoso, sin otro resorte que el mero instinto de promoción



Areilza, tropieza. Naufraga Fraga. Torcuato ofrece tres y el Rey falla otra vez. (Torcuato F. Miranda y A. Suárez en las Cortes.)

carrerista y de conservación, para evitar que se hunda como un flán bajo la presión de las fuerzas democráticas, los consejeros del rey le han colocado como espina dorsal a los sesentones militares del viejo régimen.

Con su decisión, Juan Carlos ha demostrado su absoluta impotencia, si es que realmente tiene voluntad democratizadora, para proceder a la cura radical que está exigiendo el pueblo español. El gobierno de Adolfo Suárez es sólo un parche, que no compensa todavía la ausencia de medidas decididas hacia la auténtica democracia. Es un gobierno que más que solucionar la crisis la agrava, planteando una nueva crisis de alcance todavía superior: la crisis del Estado. En las coordinadas reformistas del gobierno anterior, Juan Carlos había conseguido el consenso de casi toda la oposición sobre su persona. La alternativa se inscribía en los términos de reforma consecuente — es decir, con la supresión de todas las instituciones del franquismo — o ruptura pactada. Ahora, si el nuevo gobierno se empeña en el continuismo de un franquismo de rostro joven, si no atina con las urgentes reformas o no consigue ni el peso ni la credibilidad para el diálogo con la oposición, la alternativa saltará al binomio: Monarquía o República. De esta manera, Juan Carlos no sólo pondrá en almoneda la legitimación popular de su corona. Lo que aún es más grave para España, lo que realmente importa: polarizará peligrosamente a las fuerzas políticas del país en una confrontación total que haría todavía más difícil una transición pacífica. Una vez más, el Ejército volvería a ser protagonista del futuro de España.

En estas circunstancias, la oposición democrática, con más entidad política que el gobierno, se halla en la paradójica y difícil situación de tener que gobernar el país desde la ilegalidad. Pues de la sensatez y del pulso de las fuerzas democráticas dependerá que la gravísima situación política y económica no provoque el estallido de violencia social, que tanto desearían los energúmenos del búnker para tratar de aplastar los deseos de libertad del pueblo español con una continuación descarada del sistema de terror del fenecido general Franco.

Pero, ¿quién sabe? Sería una más de las ironías de la historia de los Borbones, si el propio Juan Carlos, con este gobierno de su confección, fuera a la postre, en vez de la Platajunta, el real artífice de la ruptura democrática. ■

Manuel Moral